EXCLUDE
PRESO

FBJE.FolI
001.755

DISCURSOS

pronunciados en la investidura del

GRADO DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"

Prof. Douwe D. Breimer (Farmacia)
Emmo. y Revmo. Sr. Card. Joseph Ratzinger (Teología)
Prof. Julian L. Simon (Economía)

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
Pamplona, 31 de enero de 1998

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
102360797

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

DISCURSOS

pronunciados en la investidura del

GRADO DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"

Prof. Douwe D. Breimer (Farmacia)

Emmo. y Revmo. Sr. Card. Joseph Ratzinger (Teología)

Prof. Julian L. Simon (Economía)

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
Pamplona, 31 de enero de 1998

Universidad de Navarra
Servicio de Bibliotecas

i 20394238

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Depósito Legal: NA 641-1998
EUROGRAF NAVARRA, S.L. - Pol. Ind. Tajonar, Calle O, nave 31. Mutilva Baja (Navarra)

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Palabras pronunciadas por el Padrino, Dr. Antonio Monge, Profesor Ordinario de la Facultad de Farmacia, en elogio del Prof. Douwe D. Breimer

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Gran Canciller:

Me cabe el honor de proponer la candidatura del Prof. Dr. Douwe D. Breimer al más alto galardón académico que otorga la Universidad: el doctorado *honoris causa*. La Facultad de Farmacia es consciente del gran honor que supone acoger en su Claustro de Profesores a una de las personalidades más enminentes de la ciencia farmacéutica internacional.

El Profesor Breimer nació en Holanda, en una pequeña ciudad, Ondemirdum, de la provincia de Friedland. Hizo sus estudios de farmacia en la Universidad de Groningen, y obtuvo su Doctorado en el Departamento de Farmacología de la Universidad de Nimega.

En 1975 fue nombrado catedrático de Farmacología de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Leiden. En 1987 fundó y fue asignado como director del Centro para la Investigación Clínica del Hospital Universitario, y en 1989 Director Científico del Centro de Investigación para las Ciencias Biofarmacéuticas de la misma Universidad. En 1991 se le encargó la dirección de un consorcio europeo para la colaboración en la investigación farmacéutica entre las Universidades de Uppsala, Londres, Leiden y Amsterdan. Desde 1996 ocupa el puesto de Vice-Presidente del Consejo Científico para la Investigación de Holanda (NWO), que es la organización más importante en la gestión de los recursos de investigación de aquél país.

Sus trabajos de investigación tienen enorme interés y en ellos ha obtenido notables resultados. Cabe citar, como ejemplo, la definición de modelos que permiten predecir el metabolismo de medicamentos y la de sistemas de administración de fármacos que posibilitan el transporte

de compuestos de pobre o comprometida absorción, como es el caso de los péptidos. Se trata de dos retos importantísimos de la medicina moderna. En los últimos años el Profesor Breimer está transmitiendo a la sociedad científica sus opiniones, reflexiones y experiencias sobre la organización, oportunidades y expectativas en la ciencia farmacéutica, apoyándose en la sabiduría del que practica lo que dice.

Los nombramientos que ha recibido son numerosos y muy importantes. En la actualidad es el Director de la Sección de Medicina de la Real Academia Holandesa de las Artes y de las Ciencias; es también miembro de honor de la Academia de las Ciencias de Polonia, de Alemania, de Francia, de Bélgica ... Es doctor *honoris causa* por la Universidad de Budapest en Hungría, por la de Gante en Bélgica por la de Uppsala en Suecia, ... Ha recibido muchas otras distinciones como la Medalla Flückiger de Oro (Davos), la de Nagai Foundation (Tokio) y la Høst Madsen de la Federación Internacional Farmacéutica.

Pero además de estos reconocimientos que en justicia obtuvo, es necesario añadir que el Dr. Breimer es un universitario cabal y un verdadero maestro. Sus alumnos están dispersos por todo el mundo, tanto en la universidad como en la empresa farmacéutica. Sus intervenciones científicas son esperadas con interés por los auditorios de los lugares donde interviene. De todo esto la Facultad de Farmacia quiere dejar pública constancia. Fueron memorables sus seminarios en esta Universidad, que proporcionaron una visión clara de la situación y futuro de la ciencia farmacéutica en Europa, y que tuvieron continuación en encuentros particularizados con responsables de investigación y directivos en unos casos, y con alumnos del Máster en Investigación y Desarrollo de Medicamentos en otros. Ha recibido en sus laboratorios a profesores de nuestra Facultad, tratándolos con la ciencia del maestro y la comprensión del amigo.

Y es que el Profesor Breimer es hombre que sabe acoger, se llega fácilmente a él, porque siempre está dispuesto a dar lo que tiene, a los alumnos y a los colegas, vengan de donde vengan. Es hombre que mira siempre al futuro con sentido positivo y esperanzado, todo es posible para él, basta con imaginar las cosas.

El Profesor Breimer es también un hombre que tiene sus raíces en las humanidades y la cultura de nuestro tiempo. De conversación amena, sabe situar al ser humano en el horizonte de su trascendencia.

Estamos ante un maestro, un hombre sabio y sencillo, un padre de familia numerosa que es recibido en los salones de las Academias con interés, y en las aulas, con entusiasmo.

Excelentísimo y Reverendísmo Señor Gran Canciller, estimamos que los méritos profesionales y humanos que concurren en el Dr. Douwe D. Breimer le acreditan para que la Universidad de Navarra le incorpore a su Claustro, y es en consideración a lo expuesto por lo que, en nombre de la Facultad de Farmacia, con todo respeto solicito para él el doctorado *honoris causa*.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Discurso del Dr. Douwe D. Breimer

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Gran Canciller,
Excelentísimo y Magnífico Señor Rector,
Miembros del Claustro de profesores,
Señoras y Señores:

Supone para mí una gran emoción y motivo de agradecimiento el honor que me proporciona la Facultad de Farmacia de esta prestigiosa Universidad de Navarra al proponerme como uno de sus doctores *honoris causa*. Desafortunadamente, mi conocimiento de su lengua es insuficiente, por lo que ruego me disculpen y me permitan continuarlo en inglés.

It is indeed for a scientist a most satisfying experience if his work is recognized and appreciated internationally, in particular by groups of scientists who are motivated and inspired by similar fields of scientific interest as oneself. Therefore I am extremely grateful to the Faculty of Pharmacy here in Pamplona for nominating me and I hope that my colleagues at the Faculty also feel honoured by this very special occasion. I experience this as a recognition of the importance of the pharmaceutical sciences as a most relevant field of interdisciplinary research, between the basic natural sciences and medicine, contributing very much to improved health of mankind by way of treatment with new medicines. It is in this spirit that I should wish to experience this honour, which also very much reflects the efforts of a whole team of scientists that I have been directing over the years at Leiden University. And I should like to say in all modesty that much of the credit goes to that team, I am the recipient of your appreciation on their behalf And I should also like to take this opportunity to thank my family for their continuous support, so I am very pleased that my wife and 3 of my 4 daughters are here with me today to enjoy and celebrate this very memorable and unique event in my life.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Pharmaceutical research is more important and more challenging than ever before. There is a great need for new medicines that are more effective and more specific in their action than the current ones, which in most cases only offer symptomatic treatment. The new drugs should also have fewer side-effects, be safer and more targeted to an individual patient's needs. Current research in genetics, molecular biology, immunology and other fields of Biology and medicine offer new insights in mechanisms of disease, which allows the identification of new targets for drug treatment. Also much progress is made in the basic chemistry disciplines to allow for characterizing and making almost any compound possible. In between are the pharmaceutical sciences to translate this basic knowledge into new leads for chemical entities with the desired specific biological activity, which requires both in vitro experimentation at the level of receptors and in vivo in experimental animals and in man. In addition for the new medicines to become effective they require also the right pharmacokinetic properties, as well as the right pharmaceutical formulation or drug delivery system. The latter is a very important, but often underestimated, prerequisite for a biologically active compound to exert its full therapeutic potential. This is well understood here at the Faculty of Pharmacy of the University of Navarra at Pamplona, where much emphasis is placed on interdisciplinary research in drug delivery and targeting. Future medicines will include small molecules (with new mechanisms of action), peptides and proteins (often to substitute for endogenous compounds), gene modulating agents and gene therapy. All of these represent major challenges for the specific delivery of the active components to the diseased target organ, tissue or cells, which will allow the healing of hitherto several untreatable diseases. Pharmaceutical research is at the cross-roads to make this actually happen and thereby make drug therapy more rational and more patient-specific. Of course this development has to be financially affordable and therefore the issue of pharmaco-economics and health economics has to be taken into account. In this context society, politicians, have to understand that drug treatment is one of the cheapest medical technologies available and therefore investment in new developments along the lines that I present today may seem very costly at firts glance, but will turn out to be cost-saving in the end.

I can assure you, ladies and gentlemen, that being involved in this field of research is extremely interesting and satisfying. It is also very inspiring to do this in an academic environment to motivate and guide young and enthusiastic people to become engaged and fascinated by the

current challenges of finding new treatment and drug delivery modalities. And if my team's work in contributing to those objectives has been appreciated and is recognized today, it is very rewarding indeed. Therefore I should again like to thank this University for bestowing this honour upon me and I should like to wish the very best for the future of this great academic institution.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Discurso del Dr. Douwe D. Breimer

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Gran Canciller,
Excelentísimo y Magnífico Señor Rector,
Miembros del Claustro de profesores,
Señoras y Señores:

Supone para mí una gran emoción y motivo de agradecimiento el honor que me proporciona la Facultad de Farmacia de esta prestigiosa Universidad de Navarra al proponerme como uno de sus doctores *honoris causa*.

Para un científico, es una experiencia muy satisfactoria que su trabajo sea reconocido y apreciado internacionalmente, particularmente por aquellos grupos de científicos que están motivados e inspirados por los mismos campos del saber. Por esta razón siento un enorme agradecimiento hacia la Facultad de Farmacia por la distinción que me hacen y espero que mis colegas en la Facultad también sientan la misma satisfacción en esta ocasión tan especial. Interpreto esta distinción como reconocimiento a la importancia de las ciencias farmacéuticas como campo de investigación interdisciplinar sumamente relevante entre las ciencias naturales básicas y la medicina, que está contribuyendo a mejorar la salud del hombre por tratamientos con nuevos medicamentos. Con tal espíritu deseo recibir este honor, que a la vez reconoce los esfuerzos de un equipo importante de científicos a quienes llevo años dirigiendo en la Universidad de Leiden. Me gustaría decir, con toda modestia, que mucho de este mérito se debe a ese equipo; soy el receptor del galardón en nombre de todos ellos. También me gustaría aprovechar este momento para agradecer a mi familia su continuo apoyo y supone para mí una gran alegría que mi mujer y tres de mis cuatro hijas se encuentren en esta sala para disfrutar y celebrar este acontecimiento tan memorable y único en mi vida.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

La investigación farmacéutica es cada día más importante y atractiva. Hay gran necesidad de nuevos medicamentos más eficaces y específicos en su acción de los que tenemos en la actualidad, que, por otra parte, en la mayoría de los casos, tienen un tratamiento sintomático. Los nuevos medicamentos deben tener también menos efectos secundarios, ser más seguros y a la vez dirigirse hacia las necesidades individuales de cada paciente. Hoy en día, la investigación en genética, biología molecular, inmunología y otros campos en biología y medicina ofrece nuevos conocimientos de los mecanismos de las enfermedades, lo que permite la identificación de nuevos objetivos en los tratamientos. Se están haciendo grandes progresos en las disciplinas químicas básicas para hacer posible la caracterización y producción de casi cualquier tipo de compuestos. Con el apoyo de estas ciencias se desarrollan las disciplinas farmacéuticas que traducen los conocimientos básicos en nuevos avances para el descubrimiento de entidades químicas con la actividad específica deseada, todo lo cual requiere experimentación *in vitro* al nivel de los receptores y experimentación *in vivo*, tanto en animales de experimentación como en el hombre. Además, para que los nuevos medicamentos sean más eficaces, se requiere que tengan, junto con las propiedades farmacéuticas, una formulación adecuada. Esto último es importante, aunque frecuentemente se subestima, como prerequisito para que un compuesto biológicamente activo pueda ejercer todo su potencial terapéutico. Estos objetivos están bien asumidos por la Facultad de Farmacia de la Universidad de Navarra, donde se hace gran énfasis en esta investigación interdisciplinar para la obtención de medicamentos. Los medicamentos del futuro incluirán moléculas pequeñas (con nuevos mecanismos de acción), péptidos y proteínas (frecuentemente para sustituir compuestos endógenos), agentes que modifican los genes y terapia génica. Todo lo cual representa grandes desafíos para la interacción específica de los componentes activos en el órgano, tejido o células enfermas, que permitirá la curación de enfermedades ahora sin tratamiento. La investigación farmacéutica es decisiva para lograr estos avances y conseguir que la terapia sea más racional y específica para cada paciente. Por supuesto, este desarrollo tiene que ser rentable económicamente y por eso se han de tener en cuenta temas de farmacoeconomía y economía de la salud. En el contexto de esta sociedad, los políticos tienen que comprender que los medicamentos son una de las alternativas más económicas para el tratamiento de la enfermedad y consecuentemente, aunque la investigación en las líneas que se proponen hoy en día pueda parecer costosa a primera vista, a la larga no lo será.

Les aseguro, damas y caballeros, que estar comprometido en este campo de investigación resulta apasionante. Además, es alentador llevarlo a cabo en el ambiente académico, motivando y guiando a la gente joven y entusiasta para que se ilusionen ante el reto de buscar nuevos tratamientos y medicamentos. Y si la contribución del trabajo de mi equipo hacia estos objetivos ha sido apreciada en este acto, nuestros esfuerzos se han visto recompensados. Por esa razón me gustaría una vez más agradecer a la Universidad de Navarra el gran honor que me concede, a la vez que deseo lo mejor para el futuro de esta gran institución académica.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Palabras pronunciadas por el Padrino, Dr. Pedro Rodríguez, Decano de la Facultad de Teología, en elogio del Emmo. y Revmo. Cardenal Joseph Ratzinger

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Gran Canciller:

Su Eminencia el Cardenal Joseph Ratzinger es el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe desde 1981. Su ejecutoria en el desempeño de tan grave responsabilidad, el impacto de sus intervenciones doctrinales en una época tan problemática como la de este final del segundo milenio, son algo patente y manifiesto a todos, aunque no cultiven de oficio la ciencia teológica. Por otra parte, el Claustro de esta Universidad conoce sobradamente los méritos científicos que en el campo de la Teología cristiana tiene el Cardenal Joseph Ratzinger. De ahí que la preceptiva *laudatio academica* del candidato, que me ha sido confiada por la Facultad de la que soy Decano, no vaya a ser una descripción de aquella ejecutoria, ni un recuento de esos méritos, sino un intento de señalar al Claustro Académico por qué este profesor universitario, después Arzobispo y Cardenal, ha adquirido tan alta significación en la teología contemporánea.

Joseph Ratzinger nació en Marktl am Inn (Baviera) el día 16 de abril de 1927. Ese día era lo que se llamaba en Alemania *Karsamstag* y en España "sábado de gloria", que anticipaba a la mañana del Sábado Santo la celebración de la Vigilia Pascual. Ese mismo día recibió las aguas del Bautismo. Fueron sus padres los que quisieron que el hijo fuera bautizado ¡cuatro horas después de nacer!, estrenando así las aguas bautismales recién bendecidas en aquella pequeña comunidad... Nuestro Doctorando, que cultivará de manera singularmente penetrante la escatalogía, siempre vio en esa jornada un símbolo de su propia imagen de la historia, y, en general, de lo que es la posición del cristiano en el camino de la vida terrena; dicho con sus propias palabras: vivi-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

mos "en las mismas puertas de la Pascua, pero sin haber entrado todavía". Era Joseph el tercer hijo de una piadosa familia, en la que se hacía realidad vital —como he apuntado— la esforzada tradición católica de aquellas tierras. Los dos hijos varones, Georg y Joseph, entraron en el Seminario en su primera juventud y hoy son sacerdotes; María, la hermana, queridísima en la familia y fallecida hace pocos años, fue la mano femenina que siguió cuidando de sus hermanos, especialmente de Joseph, con el que se trasladó incluso a Roma al ser llamado allí por el Papa Juan Pablo II.

Después de la guerra mundial el futuro Cardenal pasó del seminario menor de Traunstein al Seminario mayor de Freising. Fue ordenado sacerdote el 29 de junio de 1951 e hizo sus estudios superiores en la Universidad de Munich, donde se consagró su vocación teológica. Son ampliamente conocidos en el mundo teológico, traducidos a varios idiomas, los dos trabajos de estricta investigación que le llevaron al profesorado universitario, ambos realizados bajo la dirección de su principal maestro en aquellos años: el profesor de Teología Fundamental Gottlieb Söhngen. El primero, su tesis doctoral (1953), estaba dedicado a la doctrina de San Agustín sobre la Iglesia como Pueblo de Dios. Este libro juvenil es una de las más importantes monografías sobre la eclesiología de la época patrística y estaba llamado a tener una fuerte proyección ulterior.

Impresiona ver al gran dogmático de Munich, que fue Rector de aquella Universidad, el Prof. Michael Schmaus, citando una vez y otra en su gran Eclesiología -y no de manera colateral- los resultados de aquella tesis, hasta el extremo de hacer propia la definición de Iglesia que, a partir de Agustín, propone el joven estudiante recién doctorado. Después de este recorrido por los siglos de la antigua Iglesia, pasó Ratzinger a introducirse en los entresijos de la Cristiandad medieval, manteniendo siempre el horizonte agustiniano de su teología; se trataba ahora de la tesis de habilitación, que versó sobre la teología de la historia de San Buenaventura (1957).

Estas dos investigaciones le permitirían adentrarse en la problemática actual de la teología con una singular solvencia, es decir, sabiendo -por decirlo con la fórmula clásica- quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos. Sobre esta base tan sólida comenzó el Profesorado universitario de nuestro Doctorando. Su primera llamada la tuvo en la Universidad de Bonn (1959-63), de donde pasó a Münster (1963-66), enseñando en ambas Teología Fundamental. Fue después llamado a Tubinga (1966-69), donde dictó su célebre curso **Introducción al Cristianismo,** para oyentes de todas las Facultades, que llegó a reunir más de mil alumnos. Fue un acontecimiento en aquella Universidad, que empezaba vivir momentos dramáticos, y el libro que recoge aquellas lecciones -traducido a 17 idiomas y continuamente reeditado- es uno de los escritos más sugestivos de la teología de nuestra época. Finalmente, en 1969 volvió a su querida Baviera natal. Aceptó, en efecto, la llamada de la Universidad de Ratisbona, donde enseñó, como antes en Tubinga, la Teología Dogmática. Allí permaneció hasta que en 1977, siendo Vicerrector de la Universidad, el Papa Pablo VI lo llamó a suceder al Cardenal Döpfner como Arzobispo de Munich, creándolo pocos meses después Cardenal de la Iglesia Romana.

Todos esos años de dedicación al profesorado están llenos de una intensa actividad docente e investigadora que, en esta breve intervención, renuncio necesariamente a exponer. Me limitaré a nombrar tres libros, que abarcan los tres campos principales de investigación de nuestro doctorando y que debo calificar de fundamentales para quien quiera conocer el rumbo de la teología del Concilio Vaticano II. Me refiero, ante todo, a **El nuevo Pueblo de Dios** (1969), en el que se contienen los principales resultados de su investigación y reflexión eclesiológica, tema este en el que es permanente su magisterio; después, a **Teoría de los principios teológicos** (1982), en el que describe el cuadro hermenéutico de la fe en su quehacer teológico *ad intra y ad extra* de la comunidad eclesial; finalmente, a su **Escatología** (1977), que forma parte de la colección de manuales de Dogmática Ratzinger-Auer y en la que el Autor pone a punto uno de los campos de la teología en los que el debate de este siglo había suscitado más interrogantes y perplejidades. El análisis que el Autor hace de sus propias posiciones en la materia, me parece ejemplar y plenamente inserto en la más noble tradición del oficio teológico. No querría dejar de citar un pequeño gran libro del Prof. Ratzinger, **La fraternidad cristiana** (1960), escrito cuando tenía 30 años y que me sigue pareciendo paradigmático de su manera de teologizar.

Durante estos años de profesorado universitario, la palabra y la pluma del Prof. Ratzinger eran cada vez más solicitadas y escuchadas. Sin duda, a esto contribuyó su destacada presencia, en plena juventud, en el Concilio Vaticano II, cuya preparación y celebración coincide con la actividad académica del Prof. Ratzinger en Bonn y Münster. Al Con-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cilio acudió, primero, como asesor personal del Cardenal Frings, Arzobispo de Colonia, y, desde el segundo período, también como experto nombrado por el Santo Padre. Actuó decisivamente en los grupos de trabajo que preparaban las dos grandes constituciones dogmáticas del Concilio: **Lumen Gentium,** sobre la Iglesia, y **Dei Verbum,** sobre la Revelación divina. De todos es conocida la influencia que tuvo su obra **Episcopado y Primado** (escrita en colaboración con K. Rahner) en el planteamiento de la colegialidad episcopal, y a los estudiosos de la historia interna del Concilio Vaticano II se ha hecho patente la autoridad de que gozaban sus dictámenes y sus intervenciones en las comisiones conciliares.

Los años de su docencia en Tubinga y Ratisbona coinciden con lo que ahora -mirando hacia atrás ya con una cierta perspectiva histórica- podríamos llamar el "drama del primer posconcilio". Fue entonces cuando en aquellas tierras germánicas emergió con fuerza inusitada la figura de nuestro Doctorando. El Prof. Ratzinger advirtió en toda su radicalidad que la creciente secularización que se extendía en la cultura de Occidente y cuyas raíces ideológicas él mismo ha contribuido de manera egregia a identificar y describir, pretendía apoyarse, paradójicamente, en las propuestas renovadoras del Concilio. No todos fueron conscientes de esta realidad, o no tuvieron el valor de decirlo. Otros estaban, sencillamente, dentro del oleaje. Se hizo patente que hombres que en el decurso del Concilio parecían aunarse en un conjunto de tesis sobre la renovación de la teología y de la vida de la Iglesia, comprobaban después -ellos mismos- que su sentido de la Iglesia difería, que los caminos de comprensión de la fe se distanciaban. La cuestión que estaba en el fondo del drama era, en efecto, la interpretación del Concilio, sobre todo a la hora de comprender la posición del cristiano en la historia y las relaciones entre la Iglesia y el mundo. A nuestro Doctorando el tema se le presentaba con la máxima gravedad precisamente por haber sido él uno de los propugnadores más constantes de la necesidad de una profunda renovación de la teología católica: lo que en el lenguaje de la época se llamaba un "teólogo de vanguardia". Y lo era ciertamente, pero de verdad, es decir, avanzando desde el pleno sentido de la fe católica.

En el año 1966 tuve el honor de publicar en la revista "Palabra", de la que entonces era Director, un artículo de Joseph Ratzinger titulado **Iglesia abierta al mundo,** en el que nuestro Doctorando escribía: "Si para la Iglesia, abrirse al mundo significara desviarse de la Cruz, esto la

llevaría no a una renovación sino a su fin [...] No, el Concilio no ha podido ni ha querido suprimir el escándalo de la Cruz: lo que ha querido es hacerlo visible y accesible con toda claridad, y por eso ha querido apartar los escándalos secundarios". Treinta años después, es decir el pasado año 1996, declaraba: "En el Concilio, mi principal objetivo había sido poner al descubierto el centro nuclear de la fe -que existía debajo de tanto cuerpo extraño- para darle impulso y dinamismo. Ese impulso es una constante en mi vida".

Detrás de estas palabras suyas su intenso y profundo sentido de la Revelación como acto de Dios y de la Tradición como realidad sustante de la Iglesia. Una Tradición viva, viviente, que incluye a la Escritura, pero que no es sólo verbal sino recibida cada día y entregada de nuevo, de padres a hijos, en la comunidad de los creyentes, en la comunión de los fieles con sus Pastores, en la celebración común y orante de la Sagrada Eucaristía. Así se explica que nuestro Doctorando, uno de los teólogos más ilustres de nuestra época, pudiera decir recientemente: "Lo más importante para mí es y ha sido siempre no apartarme de la dirección que quedó grabada en mi vida desde la niñez, y permanecer en ella siendo fiel".

Ese sentido de la Tradición de la fe constituye a mi entender no sólo un rasgo característico de la teología de Joseph Ratzinger, sino el hilo que vertebra su extensa producción teológica, el criterio que permite comprender el concreto itinerario histórico -teológico y eclesial- que ha recorrido nuestro Doctorando: desde sus primeros escritos hasta sus conferencias e intervenciones siendo ya Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, pasando por su extensa bibliografía profesoral y sus intervenciones en los debates posconciliares. Una preclara inteligencia y esa vigorosa manera de hacer teología, antes y después del Concilio Vaticano II, hacían que Joseph Ratzinger destacara de manera singular en la difícil coyuntura de la Iglesia de los años 70 y 80. Se entiende que el Papa Pablo VI lo situara al frente de la Iglesia en Baviera, su patria, y que el Papa Juan Pablo II, felizmente reinante, encomendara después a este ilustre Pastor y teólogo la gravísima tarea que hoy desempeña en la Iglesia.

Excmo. Sr. Gran Canciller: El Eminentísimo Cardenal Joseph Ratzinger, tanto en su época de Profesor universitario como después durante sus tareas de Pastor y de Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, ha colaborado generosamente con nuestra Facultad,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ha publicado en nuestras revistas y ha llamado una vez y otra a colaborar en sus tareas a profesores de nuestro Claustro. Su personalidad y su significación en la Iglesia, en la sociedad civil y en el campo de la Teología son de tal envergadura que, al solicitar para él el Doctorado *honoris causa* en Teología, la Facultad que represento sabe muy bien que ese Doctorado es, en primer lugar, un honor para nuestro Claustro de Doctores.

Discurso del Emmo. y Revmo. Cardenal Dr. Joseph Ratzinger

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Gran Canciller,
Respetable Claustro Académico,
Señoras y Señores:

Quisiera expresar ante todo a Vuestra Excelencia, muy estimado y querido Señor Gran Canciller, y a la ilustre Facultad de Teología, mi profunda y sentida gratitud por el gran honor que se me confiere con esta investidura como Doctor *honoris causa*. De modo particular, quiero manifestarle a usted, muy estimado colega Profesor Rodríguez, mi agradecimiento por la atenta y delicada valoración que ha hecho de mi trabajo teológico, en la que ha ido más allá de mis méritos.

Usted, Profesor Rodríguez, con el descubrimiento y la edición crítica del manuscrito original del "Catecismo Romano", ha prestado a la teología un servicio que trasciende unas concretas circunstancias históricas, y que ha revestido también gran importancia para mis trabajos durante la preparación del "Catecismo de la Iglesia Católica". Forma usted parte de una Facultad que, en el tiempo relativamente breve de su existencia, ha conseguido ocupar un puesto relevante en el diálogo teológico mundial. Significa, por tanto, para mí un honor y una alegría grandes ser recibido a través de este Doctorado en el Claustro de esta Facultad, con la que estoy unido desde hace ya bastantes años con lazos de amistad personal y de diálogo científico.

Ante un acontecimiento como el de hoy, surge inevitablemente una pregunta: ¿qué es propiamente un doctor en teología? Y, en mi caso, además, una pregunta muy personal: ¿tengo yo derecho a considerarme como tal?; ¿respondo yo al criterio que con esta dignidad se significa? Quizá pudiera plantearse, en este sentido, para muchos una objeción seria respecto de mi persona: ¿el cargo de Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe -al que hoy gusta caracterizar de nuevo (y con

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

esto también criticarle) con el título de "Inquisidor"- no estará quizás en cierta contradicción con la esencia de la ciencia y, por tanto, también con la naturaleza de la teología?; ¿no se excluirán quizás ciencia y autoridad externa?; ¿podría acaso la ciencia reconocer otra autoridad que no fuese la de sus propios conocimientos, es decir, la de sus argumentaciones?; ¿no es contradictorio en sí mismo un Magisterio que quiera imponer límites en materia científica al pensamiento?

Preguntas como éstas, que tocan la esencia de la teología católica, requieren sin duda un continuo examen de conciencia, tanto por parte de los teólogos como de aquellos otros que están constituidos en autoridad dentro de la Iglesia, quienes además deben ser también teólogos para poder realizar adecuadamente su oficio. Nos ponen esas preguntas ante la cuestión fundamental: ¿qué es propiamente la teología?; ¿quedaría ya suficientemente caracterizada si la describiésemos como una reflexión metódica y sistemática sobre los interrogantes de la religión, de la relación del hombre con Dios? Mi respuesta sería: no, pues de ese modo sólo habríamos alcanzado a situarnos ante la llamada "ciencia de la religión". La filosofía de la religión y, en general, la ciencia de la religión son indudablemente disciplinas de gran importancia, pero sus limitaciones se hacen patentes cuando tratan de traspasar el ámbito académico, pues no son realmente capaces de ofrecer una verdadera guía. O bien tratan de cosas del pasado, o bien se ocupan en describir las cosas del presente desde la confrontación existencial de los unos con los otros, o acaban siendo, en fin, un puro tantear acerca de los interrogantes últimos sobre el hombre, un tantear que, en definitiva, debe siempre quedarse en simple interrogante, pues no puede superar las tinieblas que rodean al hombre precisamente cuando se pregunta por su origen y por su fin, es decir, cuando se pregunta por sí mismo. Si la teología quiere y debe ser algo distinto de la ciencia de la religión, algo distinto de un simple tratar las cuestiones irresueltas sobre lo que nos trasciende y a la vez, sin embargo, nos constituye, entonces ha de basarse únicamente en el hecho de que surge de una respuesta que nosotros no hemos inventado. Pero para que ésta respuesta sea verdaderamente respuesta para nosotros, debemos esforzarnos en comprenderla y no dejar que se diluya.

Lo peculiar de la Teología es ocuparse de algo que nosotros no nos hemos imaginado y que puede ser fundamento de nuestra vida precisamente porque nos precede y nos sostiene, es decir, porque es más grande que nuestro propio pensamiento. El camino de la teología se encuentra bien expresado en la fórmula *Credo ut intelligam*: acepto un presupuesto previamente dado para encontrar, desde él y en él, el acceso a la vida verdadera, a la verdadera comprensión de mí mismo. Esto significa a su vez que la Teología presupone, por su propia naturaleza, una *auctoritas*. Sólo existe porque sabe que la esfera del propio pensamiento ha sido trascendida, porque sabe que -por decirlo así- ha sido tendida una mano en ayuda del pensamiento humano, una mano que tira de él hacia lo alto por encima de sus propias fuerzas. Sin este presupuesto dado, que supera siempre la capacidad del propio pensamiento y que nunca se diluye en algo puramente personal, no habría Teología.

Pero entonces debe plantearse una nueva pregunta: ¿cómo es este presupuesto que nos es dado, esa respuesta que encauza por completo nuestro pensar y le señala el camino? Esa autoridad es, así lo podemos decir como en una primera aproximación, una Palabra. Vista desde nuestro tema, tal afirmación resulta completamente lógica: la palabra procede del entender y quiere ayudar a entender. El presupuesto que ha sido dado al espíritu humano que se pregunta es, de modo plenamente razonable, una Palabra. En el proceso de la ciencia el pensamiento precede a la palabra. Y se traduce en la palabra. Pero aquí, donde nuestro pensamiento fracasa, es enviada la Palabra desde el Pensamiento eterno, en la que esconde un fragmento de su esplendor, tanto cuanto somos capaces de resistir, tanto cuanto necesitamos, tanto cuanto puede la palabra humana formular. Conocer el significado de esta Palabra, entender esta Palabra es la más honda razón de ser de la Teología, razón que nunca podrá tampoco faltar del todo en el camino de fe de los fieles sencillos.

El presupuesto que nos ha sido dado es la Palabra, la Escritura, deberíamos decir, y a continuación deberíamos seguir preguntándonos: junto a esa autoridad esencial para la Teología, ¿puede quizá existir otra? Parecería, a primera vista, que la respuesta debería ser: no. Este es un punto crítico de la controversia entre teología de la reforma y teología católica. Hoy en día también una gran parte de los teólogos evangélicos reconocen, de un modo u otro, que la *sola scriptura*, es decir, la reducción de la Palabra al Libro, no es sostenible. La Palabra, por su estructura interna, supera siempre lo que pudiera entrar en el Libro. La relativización del principio escriturístico, en la que también la teología católica tiene que ahondar, y en la que ambas partes podrían llegar a un nuevo motivo de encuentro, es por una parte fruto del diálogo ecuménico, pero se ha visto también motivada por el progreso de la interpreta-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ción histórico-crítica de la Biblia, que a su vez ha aprendido también, por eso mismo, a autolimitarse.

En el proceso de la exégesis crítica, sobre la naturaleza de la Palabra bíblica han sido puestas de manifiesto sobre todo dos cosas. En primer lugar, se ha tomado conciencia de que la Palabra bíblica, en el momento de su fijación escrita, ya ha recorrido un proceso más o menos largo de configuración oral, y que, al ponerse por escrito, no ha quedado solidificada, sino que ha entrado en nuevos procesos de interpretación -*relectures*-, que han desarrollado ulteriormente sus potencialidades ocultas. La extensión, por tanto, del significado de la Palabra no puede quedar reducida al pensamiento de un autor singular de un determinado momento histórico. Más aún, la Palabra no pertenece a un único autor, sino que vive en una historia que progresa, y posee, por eso, una extensión y una profundidad hacia el pasado y hacia el futuro que finalmente se pierden en lo imprevisible. Sólo a partir de aquí se puede empezar a comprender qué quiere decir *Inspiración;* se puede ver cómo Dios entra misteriosamente en el ámbito del hombre y trasciende al autor meramente humano. Pero esto significa también que la Escritura no es un meteorito caído del cielo, que como tal se contrapondría a toda palabra humana con la rigurosa alteridad de un mineral celeste no procedente de la tierra.

Ciertamente, la Escritura es portadora del pensamiento de Dios. Esto hace que sea única y que se convierta en "autoridad". Pero viene mediada por una historia humana. Encierra el pensar y el vivir de una comunidad histórica, a la que llamamos "Pueblo de Dios" precisamente porque ha sido reunida y mantenida en la unidad por la irrupción de la Palabra divina. Y existe entre ambas un mutuo intercambio. Esta comunidad es la condición esencial del origen y del crecimiento de la Palabra bíblica; y, a la inversa, esta Palabra confiere a la comunidad su identidad y su continuidad. Y así, el análisis de la estructura de la Palabra bíblica ha puesto de manifiesto una compenetración entre Iglesia y Biblia, entre Pueblo de Dios y Palabra de Dios, que teóricamente conocíamos de algún modo desde siempre, pero que nunca se nos había hecho tan patente.

De lo dicho hasta aquí se deduce un segundo elemento, a través del cual queda relativizado el principio escriturístico. Lutero estaba convencido de la *perspicuitas* de la Escritura, de su univocidad, que haría superflua cualquier instancia oficial de explicación. La idea de la univo-

cidad es constitutiva del principio escriturístico. Pues, si la Biblia como libro no fuera unívoca en sí misma, tampoco podría constituir por sí sola, es decir, únicamente como libro, el presupuesto que nos ha sido dado, y que nos ha de guiar. Quedaríamos, por tanto, de nuevo abandonados a nosotros mismos. Permaneceríamos otra vez solos con nuestro pensamiento, que se encontraría desamparado frente a lo esencial del ser. Pero, a raíz de la estructura de la Palabra y de las experiencias concretas de la exégesis bíblica, ha habido que renunciar a este postulado fundamental de la univocidad. No puede ser mantenido por la estructura objetiva de la Palabra que, a causa de su propia dinámica, trasciende lo escrito. Precisamente lo más profundo de la Palabra se hace perceptible sólo al superar el nivel de lo meramente escrito. Pero también desde el punto de vista subjetivo, es decir, desde las leyes esenciales de la razón histórica, es imposible mantener dicho postulado. La historia de la exégesis es una historia de contradicciones. Las aventuradas propuestas de algunos exégetas modernos, que han llegado hasta el extremo de ofrecer la interpretación materialista de la Biblia, han puesto de manifiesto que la Palabra queda indefensa cuando es reducida simplemente a un libro, y se encuentra entonces expuesta a ser manipulada por intenciones y opiniones preconcebidas.

La Escritura, la Palabra que nos ha sido dada como presupuesto, la que está en el centro de los esfuerzos de la Teología, no está aislada, por su misma naturaleza, ni es solamente un libro. Su sujeto humano, el Pueblo de Dios, está vivo y se mantiene idéntico consigo mismo a través de los tiempos. El espacio vital que ha creado y que la sostiene es una interpretación que le es propia e inseparable. Sin su sujeto vivo e imperecedero que es la Iglesia, le faltaría a la Escritura la contemporaneidad con nosotros. Ya no estaría en condiciones -como es su razón de ser- de unir sincronía y diacronía, historia y presente, sino que decaería en lo irrecuperablemente perdido en el pasado. Quedaría reducida a simple literatura que es interpretada, como se puede interpretar cualquier obra literaria. Y de ese modo, también la Teología quedaría convertida, de una parte en pura historia de la literatura y en historia de tiempos pasados y, por otro lado, en filosofía de la religión y en ciencia de la religión en general.

Quizá sea útil concretar aún algo más esta reflexión con respecto al Nuevo Testamento. A lo largo del entero camino de fe desde Abraham hasta el final de la constitución del canon bíblico se fue formando la confesión de la fe, que tiene en Cristo su verdadero centro y su figura

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

definitiva. Pero el ámbito vital originario de la profesión de fe cristiana es la vida sacramental de la Iglesia. El canon bíblico se ha formado según este criterio, y es éste también el motivo por el que el Símbolo es la primera instancia de interpretación de la Biblia. Pero el Símbolo no es una pieza literaria. Durante mucho tiempo la Regla de Fe correspondiente al Símbolo no se puso, a propósito, por escrito, precisamente porque es vida concreta de la comunidad creyente. De esta manera, la autoridad de la Iglesia que habla, la autoridad de la sucesión apostólica, se encuentra inscrita, por medio del Símbolo mismo, en la Escritura, y no puede separarse de ella. El Magisterio de los sucesores de los Apóstoles no yuxtapone una segunda autoridad a la Escritura, sino que pertenece desde dentro a ella misma. Esta *viva vox* no está llamada a reducir la autoridad de la Escritura o a limitarla o incluso a sustituirla por otra. Antes al contrario, su misión es asegurar la indisponibilidad de la Escritura, garantizar su no manipulación, conservar intacta, en medio de la disputa entre las diversas opiniones, su propia *perspicuitas*, su univocidad. Se da así una misteriosa interacción mutua. La Escritura señala la medida y el límite a la *viva vox*; y la Voz viva garantiza que la Escritura no venga a ser manipulada. Comprendo perfectamente el temor de los teólogos protestantes -y hoy también de muchos teólogos católicos-, especialmente de los exégetas, de que el principio *Magisterio* pudiera menoscabar la libertad y la autoridad de la Biblia, y de ese modo también de la Teología en general.

Viene a mi memoria un pasaje de la famosa correspondencia entre Harnack y Peterson del año 1928. Peterson, el más joven, que estaba en búsqueda, en una carta había hecho ver a Harnack que él mismo, en su estudio sobre "El Antiguo Testamento en las cartas paulinas y en las comunidades paulinas", había expresado prácticamente la doctrina católica acerca de Escritura, Tradición y Magisterio. Harnack en efecto, había expuesto en ese trabajo que en el Nuevo Testamento la autoridad de la doctrina apostólica se agrega a la autoridad de la Biblia, organizándola y delimitándola, y, de esta manera, constituye un correctivo saludable del biblicismo. Con relación a esta advertencia de Peterson, Harnack despreocupado como era, contestó al joven colega: "Es un *truism* que el llamado *principio formal* del viejo protestantismo es una imposibilidad crítica, y que -comparado con él- el principio católico es **formalmente** el mejor; pero **materialmente** el principio católico sobre la tradición asola la historia mucho más...". Eso que, en cuanto principio, parece evidente e incluso innegable, en la realidad infunde cierto temor.

Se podría decir mucho más sobre el diagnóstico de Harnack, sobre qué ha asolado más la historia, sobre dónde por tanto el presupuesto que nos ha sido dado con la Palabra ha sido más amenazado. No es éste el momento. Por encima de toda discusión, queda patente que ninguna de las dos partes puede prescindir de la confianza en el poder de protección y guía del Espíritu Santo. Una autoridad eclesiástica podría llegar a ser arbitraria, si el Espíritu no la guardase. Pero, sin duda, la arbitrariedad de una exégesis dejada en manos de sus propios recursos constituiría, en sus múltiples manifestaciones, un peligro no menor, como demuestra la historia. Es más, el milagro que haría falta allí para mantener la unidad y hacer valer la Palabra en toda su grandiosa exigencia es mucho más improbable que ese otro milagro que se necesita para mantener dentro de sus límites y medidas el ministerio de los sucesores de los Apóstoles.

Pero dejemos de lado las especulaciones. La estructura de la Palabra es suficientemente unívoca, pero la exigencia que implica para los llamados a la responsabilidad de suceder a los Apóstoles es de hecho muy ardua. Es misión del Magisterio no oponerse al pensamiento, sino dar voz a la autoridad de la Respuesta que nos ha sido dada, y así crear espacio para la Verdad misma que viene a nosotros. Ser portador de tal misión es excitante y arriesgado. Requiere la humildad de someterse, de escuchar y de obedecer. Se trata, no de hacer valer lo propio, sino de mantener abierto el espacio para el hablar del Otro, sin cuya Palabra presente todo lo demás cae en el vacío. El Magisterio bien entendido debe ser un servicio humilde para que siempre sea posible la Teología verdadera, y así se puedan oír las respuestas sin las cuales no podemos vivir rectamente.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Palabras pronunciadas por el Padrino, Dr. Luis Ravina, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, en elogio del Prof. Julian L. Simon

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Gran Canciller:

La Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales se honra al proponer hoy dentro de su claustro de Doctores al Profesor Julian L. Simon como Doctor *honoris causa*, el primero de esta Facultad. Tengo, con estas palabras, la obligación de tratar de responder a la pregunta de por qué hemos querido que recayera esta propuesta sobre un graduado en Harvard, doctor por Chicago, profesor visitante en Illinois y Jerusalén y, en la actualidad, profesor en la Universidad de Maryland y *Senior Fellow* en el Cato Institute. Creo que podré dar debida respuesta a esa pregunta al glosar brevemente alguna de las características que señalan al Profesor Simon como un gran universitario. Estas, nos parece en nuestra Facultad, son señas que deberían distinguir a cualquiera que participe en la vida de una corporación como la universitaria y que, de un modo consecuente, sitúan a nuestro nuevo Doctor muy cerca de algunas de las ideas fundacionales de nuestra Universidad de Navarra.

En primer lugar hay que destacar lo que pudiera ser la principal característica de Julian Simon: en él encontramos a un gran trabajador. Su producción es abrumadora (monografías, artículos en revistas especializadas, artículos en prensa, incluso literatura); su investigación y su faceta docente se plasman en unos contenidos ciertamente originales a los que en seguida haremos referencia. El Profesor Simon es un científico de reconocido nivel mundial que aúna una característica que nos es muy querida en esta Universidad: no tiene miedo a la divulgación ni a la participación en los debates de los *medios de comunicación*, ese nuevo *Areópago* del presente siglo.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Por otro lado, Julian Simon es un hombre de compromiso. Compromiso con la verdad, lo que le dota de esa libertad envidiable de ir contracorriente, de arremeter, sin sometimientos, contra los más establecidos imperios ideológicos e ideologizantes. Especializado en Economía de la Población, sus trabajos se mueven entre los siguientes puntos temáticos: población, recursos y medio ambiente.

¿Quién ignora la difusión que, en la cultura occidental de este fin de milenio, ha tenido el mito de la superpoblación? Se nos ha insistido, desde las más variadas instancias, en la idea de que el mundo, si no limita el crecimiento de su población, se verá más contaminado, dirigiéndose al riesgo del agotamiento de los recursos, de las materias primas, de la energía, lo que convertiría el futuro en un apocalíptico panorama de pobreza y vulnerabilidad. El Profesor Simon, de un modo implacable y sin cansancio, con datos en la mano, viene repitiendo que esa línea catastrofista desmotiva, desvirtúa y agosta un factor que, si bien no resulta calculable, se halla presente a lo largo de toda la historia: la capacidad de novedad, de iniciativa, de inventar nuevas soluciones y nuevas alternativas a los problemas energéticos, a las limitaciones del uso de las materias primas, o a la sustitución de éstas por nuevos materiales. Su tesis es de un optimismo desbordante acerca de las capacidades del ser humano: el recurso por excelencia no es la reducción arbitraria de la población, sino la población misma. Son los hombres la garantía para el avance en el terreno económico y científico.

Resuena en la combativa investigación de Julian Simon contra esos lugares comunes antipoblacionistas aquella vocación primigenia de la persona humana, expresada en el bíblico 'creced y multiplicaos'. Vocación donada por el Creador, que quiere contar con el hombre encargándole la tarea de perfeccionar el mundo, de llevarlo a un cumplimiento que, sin esa 'imagen y semejanza de Dios' que es constitutiva de la persona humana, no sería posible. Y el Profesor Simon anima a ello partiendo, en todo su trabajo, de una constante: la confianza en la capacidad del ser humano para superar los nuevos desafíos intelectuales, científicos y vitales. Confianza que implica un no negar aquello que es inherente a la dignidad humana y que hace de la persona alguien prioritario a cualquier planteamiento científico. Julian Simon sabe que una teoría que anulara de algún modo la dignidad, los derechos o la vida de la persona, no sería sino un nuevo intento de postular la abolición de lo humano.

En la investigación del Profesor Simon, como ya se ha señalado, resuena la relación entre verdad y libertad. Es esta una pareja de conceptos que resultan luminosos. Desde la verdad se gana la libertad de un trabajo sin miedos ni complejos, aunque los temas de que se trate pudieran causarlos. Un ejemplo es su pensamiento acerca del candente problema de los movimientos migratorios de personas de países pobres a los países ricos. Frente a la cerrazón o el rechazo, tan normales en nuestro contexto cultural, él aboga por la tesis de que esos movimientos son beneficiosos para los países receptores, pues -afirma de nuevo a partir de datos empíricos- la inmigración es necesaria para que el desarrollo sea continuado.

Desmitificador combativo, apasionado de la verdad, trabajador infatigable en la tarea de investigar y de difundir. Bien, pero ¿no son estas las características de una imagen quizás abrumadora, pero falta de humanidad, algo amenazante? Lo sería, tal vez, si no mencionáramos en este lugar otra característica de Julian Simon: su gran sentido del humor. Su diálogo está marcado por este rasgo tan humano, por este recurso que a menudo falta en los planteamientos simplistas y catastrofistas. El humor, esa virtud que evita que la maquinaria de la vida chirríe, está emparentado con la confianza en la persona y en la capacidad de ésta para llevar a cabo su vocación de finalizar el mundo.

Considera la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales que en el Profesor Julian L. Simon concurren, no sólo cualidades y méritos bien conocidos para la obtención del grado para el que se le propone, sino también actitudes compartidas por el Claustro de esta Universidad de Navarra. Por todo ello, en nombre de la Facultad, solicito a Vuestra Excelencia su investidura como Doctor *honoris causa.*

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Excelentísimo Señor Gran Canciller,
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades,
Señoras y Señores:

Esta es, en breve, toda la historia económica de la humanidad: desde hace unos dos millones de años hasta el siglo dieciocho, el crecimiento de la población fue lento y ni la salud ni la tasa de mortalidad mejoró sensiblemente y hubo un crecimiento escaso de los recursos naturales. Además, el incremento de la riqueza fue sólo de unos pocos.

Desde 1750 ó 1800 se ha dado un crecimiento rápido de la población, debido a una espectacular disminución de la tasa de mortalidad, un crecimiento rápido de los recursos, un incremento expansivo de la riqueza y un medio ambiente mucho más limpio en las zonas ricas del mundo.

Si nos basamos en los hechos comprobados por la ciencia, el actual pesimismo sobre la "crisis" de nuestro planeta es falso. Incluso los ecologistas reconocen hoy que, en las últimas décadas, la calidad del agua y del aire en los países ricos, como Estados Unidos o España, ha mejorado. Todo economista de la agricultura sabe que la población del mundo se ha alimentado cada vez mejor desde la Segunda Guerra Mundial. Todo economista experto en recursos naturales sabe que la disponibilidad de los recursos ha aumentado, lo que se refleja en una caída de los precios con respecto a las décadas y siglos anteriores. Y todo demógrafo sabe que las tasas de mortalidad han disminuido en todo el mundo y que la esperanza de vida casi se ha triplicado en los países ricos en los dos últimos siglos y que prácticamente se ha duplicado en los países pobres en las últimas cinco décadas.

A corto plazo todos los recursos son limitados. Un ejemplo de ello es la cantidad de atención que yo puedo recibir ahora de ustedes. Pero, a largo plazo, la situación es diferente. Desde el comienzo de la edad

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

moderna, el nivel de vida ha aumentado al mismo tiempo que las dimensiones de la población mundial. No existe una razón económica convincente por la cual esta tendencia hacia una vida mejor no pueda continuar indefinidamente.

El núcleo de la idea es que el crecimiento de la población crea una escasez que provoca una subida de los precios. El incremento de los precios crea oportunidades que atraen a los comerciantes y a los científicos para conseguir satisfacer la escasez y aumentar las ganancias. La mayoría fracasa y asume personalmente los costes. Pero después de un cierto tiempo, algunos tienen éxito y encuentran soluciones. Al final se da una situación mejor que si no se hubieran producido los problemas de escasez. Es decir: necesitamos tener problemas, aunque esto -evidentemente- no significa que debamos dedicarnos a crear más problemas de los que ya existen.

Hay otro elemento crucial en la economía de los recursos y de la población: el punto hasta el que el sistema político, económico y social garantiza la libertad personal frente a la coerción gubernamental. Los trabajadores cualificados precisan de un marco social y económico apropiado que favorezca un trabajo duro y la asunción de riesgos, un marco que permita la manifestación de los talentos. El elemento clave de ese marco es la libertad económica, el respeto por la propiedad y unas leyes de mercado justas y sensibles, que refuercen la igualdad de todos.

El problema del mundo no es el exceso de población sino la falta de libertad política y económica. Esta evidencia queda reflejada en un extraordinario experimento que empezó en los años cuarenta en tres pares de países con la misma cultura e historia y con los mismos niveles de vida en el momento en que se separaron, tras la Segunda Guerra Mundial: Alemania occidental y Alemania oriental, Corea del Norte y Corea del Sur, Taiwan y China. En los tres casos, el país comunista, de planificación centralizada, comenzó con una menor presión demográfica si se mide en densidad por kilómetro cuadrado. Y los países comunistas y los no comunistas empezaron también con las mismas tasas de natalidad.

Las economías basadas en el mercado se han desarrollado mucho mejor que las economías basadas en una planificación centralizada. El sistema económico-político ha sido claramente la fuerza dominante en

los resultados de las tres comparaciones. Esta poderosa versión del desarrollo económico desmiente las teorías que sostienen que el crecimiento de la población es la base de una posible explicación para la velocidad del desarrollo económico de las naciones.

El aumento de la población causa problemas. Pero la gente resuelve los problemas. El principal combustible para acelerar el progreso es nuestro "stock" de conocimientos; y los frenos son: a) la falta de imaginación y b) las regulaciones sociales erróneas de las actividades. El último recurso es la gente, especialmente la gente joven cualificada y esperanzada, que obra con libertad. La gente joven que utiliza sus energías y su imaginación quizá para su propio beneficio, pero que inevitablemente beneficiará también a todos los demás, a todos nosotros.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Discurso del Gran Canciller Excmo. y Revmo. Sr. Javier Echevarría

Eminentísimo Señor Cardenal,
Excelentísimos Señores,
Dignísimas Autoridades,
Ilustre Claustro de esta Universidad,
Señoras y Señores:

La Universidad de Navarra incorpora hoy solemnemente a su Claustro de Doctores a tres reconocidos maestros, a quienes doy mi más cordial bienvenida. Sus méritos acaban de ser expuestos en esta Aula.

El Profesor Douwe D. Breimer, ilustre especialista en Farmacología y Terapéutica, ha desarrollado importantes trabajos en el campo de los procesos de absorción y distribución de los medicamentos. Su dilatado servicio como científico y como promotor de centros de investigación en estas áreas, vitales para el desarrollo del bienestar humano, constituyen un ejemplo para esta Universidad. Nuestra *Alma Mater* se ha beneficiado de su magisterio y ha escogido el ámbito de las Ciencias de la Salud como una de sus principales líneas de estudio y docencia.

Nos llena también de satisfacción contar entre nosotros al Profesor Julian Lincoln Simon, estudioso de Economía de la Población, experto en la ciencia y el arte de la Dirección de Empresas, y celebrado publicista en materias económicas. Sus conclusiones sobre los movimientos demográficos constituyen una aportación de máximo relieve para un justo gobierno de las sociedades, de acuerdo con lo que reclama la dignidad de las personas. Y son un estímulo para nuestra Universidad, que ha procurado siempre transmitir a sus alumnos una perspectiva integralmente humana y cristiana de estas cuestiones, también a través del Instituto de Estudios Superiores de la Empresa y, más recientemente, de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Resulta asimismo un gran motivo de gozo para todos, y para mí en particular, la presencia entre los nuevos doctores del Eminentísimo Cardenal Joseph Ratzinger, exponente de primera línea de la sabiduría teológica de nuestro tiempo, como Profesor de Teología y pensador de fama internacional: también, con su magisterio episcopal; y, desde 1981, con su servicio directísimo a la Santa Sede, como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. En Roma ha contribuido, de manera muy relevante, a la ingente tarea de un Pontificado —el de Juan Pablo II— que se demuestra providencial para la Iglesia, por su empeño en la aplicación auténtica del Concilio Vaticano II y por la preparación gozosa de una nueva evangelización para el tercer milenio. Conscientes de la importancia que estas tareas tienen para la vida de la Iglesia y de la humanidad, nuestra Universidad, y especialmente las Facultades Eclesiásticas, quiere asumirlas como horizonte de su trabajo.

Estimados y admirados nuevos doctores: en vosotros reconocemos las cimas eminentes de tres saberes distintos que, en cierto modo, representan el conjunto de la amplia gama de los conocimientos humanos. Al contemplaros hoy reunidos en esta sala, vemos reflejada una aspiración que nos es muy querida en esta Universidad de Navarra: la armonía de las ciencias, que—cuando se cultivan con pasión y honradez, con amor a la verdad y competencia profesional—conducen necesariamente a Dios, Verdad suma y Fin último de la creación. "La vocación de toda universidad —recordaba hace pocos meses el Romano Pontífice— es el servicio a la verdad: descubrirla y transmitirla a otros". Esta concepción del quehacer universitario hace posible que, "mediante el esfuerzo de investigación de muchas disciplinas científicas, [la universidad] se acerque gradualmente a la Verdad suprema. El hombre supera los confines de las diversas disciplinas del saber, hasta el punto de orientarlas hacia aquella Verdad y hacia la definitiva realización de la propia humanidad. Aquí se puede hablar de la solidaridad de varias disciplinas científicas al servicio del hombre, llamado a descubrir la verdad, cada vez más completa, sobre sí mismo y sobre el mundo que lo rodea"[1].

La Farmacología y la Terapéutica, que con tanto fruto y espíritu de servicio cultiva el Profesor Breimer, se inscriben en el ámbito de las

[1] JUAN PABLO II. Discurso con ocasión del VI centenario de la Universidad Jaguelónica de Cracovia, 8-VI-1997, n.4

Ciencias Experimentales que, al interrogar con sus métodos de indagación a la naturaleza, descubren sus leyes y principios, y nos permiten desarrollar una vida menos dependiente de los condicionamientos materiales y más digna de la persona humana.

Las disciplinas económicas a las que —con amplitud de miras y riqueza de resultados— se dedica el Profesor Simon, se incluyen entre las Ciencias Sociales y, más en general, entre las Ciencias Humanas. Estos saberes recogen las múltiples experiencias de la vida social, y las interpretan como expresiones particulares del obrar humano, sujeto a estímulos e influencias de todo tipo, pero depositario también del don precioso —don divino— de la libertad. Estas materias proporcionan conocimientos indispensables para el progreso y la recta orientación de las diversas sociedades humanas.

En la ciencia teológica, a la que tanto ha contribuido el trabajo del Cardenal Ratzinger, el cristiano ve reflejado el esfuerzo humano por penetrar cada vez más en el conocimiento de la revelación de un Dios que es, al mismo tiempo, Creador y Redentor del hombre. Es un saber de salvación que Dios ha querido ofrecernos, capaz de llenar de sentido nuestra vida, porque da cuenta de su origen y destino, y del modo de conducirla de acuerdo con la dignidad de los hijos de Dios.

Nuestra Universidad, para ser fiel a lo que este nombre significa, cultiva la espléndida variedad de los saberes, con el deseo de acrecentarlos y de prestar a la sociedad un servicio real y efectivo, que es en definitiva el servicio de la verdad que libera, que salva: *veritas liberabit vos*[2]. Queremos empeñarnos, siguiendo también vuestro ejemplo, en la tarea diaria de construir una ciencia madura y orgánica rigurosamente establecida; equilibrada y contrastada en el esfuerzo de síntesis; limpia de actitudes reduccionistas, apartada de las deformaciones ideológicas y libre de los prejuicios impuestos por las modas intelectuales.

Cada disciplina contribuye, de manera propia, a la perfección de las personas y de la sociedad. Esa aspiración común lleva a que todos los conocimientos puedan y deban relacionarse e intercambiar aportaciones, sin perder por eso su peculiar fisonomía y sin desvirtuar sus presupuestos y sus métodos propios. La Universidad de Navarra desea que

[2] *Jn* 8,32

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sus alumnos, además de lograr una capacitación profesional que les permita prestar un competente servicio a la sociedad, se beneficien del diálogo interdisciplinar, para que —dentro de las limitaciones humanas— puedan alcanzar su propia síntesis vital. Y aspiramos a que, empapados de espíritu universitario y cristiano, capten un ideal auténtico de excelencia humana y puedan seguir ejemplos adecuados para desarrollar su vida con rectitud y espíritu de servicio.

Estamos convencidos de que la difusión del saber es un camino directo y eficaz para la transformación y mejora de las personas y de las sociedades, si va acompañado de un fuerte empeño ético. Al otorgar, el pasado día 3 de diciembre, la Medalla de Oro de Navarra a esta *Alma Mater*, el Gobierno Foral ha querido reconocer públicamente el beneficio social que la Universidad de Navarra ha aportado y aporta a esta noble tierra. Quiero hoy agradecer este gesto al Excmo. Sr. Presidente de Navarra, aquí presente.

En estos momentos de la historia, la humanidad es particularmente consciente de sus límites, y aspira con afán a cambios profundos y radicales. La más reciente experiencia de nuestro siglo nos hace ver que los acontecimientos que no se apoyan en una sincera búsqueda de la verdad, son no sólo baldíos sino, en última instancia, trágicos. Frente a todo esto, la generación actual no se resigna al desencanto y a la mera aceptación de la herencia cultural que ha recibido, sino que desea encontrar un fundamento y un camino para la esperanza auténtica. Ese camino y ese fundamento no pueden ser otros que la búsqueda sincera de la verdad, porque —en palabras del Beato Josemaría, Fundador del Opus Dei— "la verdad es siempre, en cierto modo, algo sagrado: don de Dios, luz divina que nos encamina hacia Aquél que es la Luz por esencia"[3].

La institución universitaria, cumpliendo su propia misión, contribuye eficazmente a transformar y mejorar desde dentro la sociedad. Afirmar que la Universidad está para servir a la verdad, supone optar por una revolución que puede parecer lenta, pero que es, en definitiva, la única eficaz y profunda. No hay realismo mayor que el empeño diario basado en la esperanza e informado por el amor. El mensaje del Evangelio, que lleva a su plenitud la gran tradición que abre el Génesis —*Yaveh miró el mundo y vio que era bueno*[4]—, impulsa a un amor manifestado en obras. Un amor hacia la bondad originaria de todos los seres creados y que reconoce en todo hombre, en el hombre concreto que está a nuestro lado, su estupenda dignidad de imagen de Dios.

[3] BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ. Carta, 24-X-1965, n.21
[4] Cfr. *Gn* 1

A la Universidad, institución dedicada a la formación integral de hombres y mujeres responsables, le corresponde realizar una mediación eminente en el orden cultural y científico, entre los grandes ideales y su actualización efectiva. Esa plasmación depende del esfuerzo, de las diversas generaciones humanas, para encarnar la verdad acerca de Dios y del hombre en la propia coyuntura histórica. Y este fin no se alcanza con declaraciones grandilocuentes, sino en una multitud de tareas sencillas, silenciosas, aparentemente modestas, que exigen honradez humana e intelectual, solidaridad, iniciativa, espíritu de colaboración, esfuerzo; es decir, un alto grado de virtud, de desprendimiento de sí, de magnanimidad, de entrega a los demás.

Los que trabajáis habitualmente en la Universidad, aquí en Navarra y en otros muchos lugares, sabéis bien qué frutos tan hondos y qué huella tan nítida produce una ética de servicio. Una ética que enseñe a los hombres a cumplir acabadamente su trabajo y a buscar honrada y continuadamente el bien de las personas y de las colectividades.

En una homilía que el Beato Josemaría pronunció en este *campus*, hace treinta años, se refirió a las palabras de San Pablo: *ya comáis ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios*[5]. Y añadía: "Esta doctrina de la Sagrada Escritura (...) os ha de llevar a realizar vuestro trabajo con perfección, a amar a Dios y a los hombres al poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese *algo divino* que en los detalles se encierra"[6]. Y de ahí sacaba la clara conclusión de que hasta "lo más intrascendente de las acciones diarias" puede rebosar de "la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día"[7]. Y así terminaba el Fundador del Opus Dei: "En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria"[8].

[5] I *Cor* 10,31
[6] BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, Homilía "Amar al mundo apasionadamente". 8-X-1967, en *Conversaciones* n. 116
[7] *Ibid.*
[8] *Ibid.*

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Alentados por este espíritu, que proclama la grandeza de la vida cotidiana, los miembros del Claustro de la Universidad de Navarra tenéis que apostar, decididamente, por la fuerza transformadora del trabajo hecho con amor y con altitud de miras; por la capacidad de regeneración social que encierran los lazos familiares; por el aprecio a la libertad y a la responsabilidad personales; y por la eficacia social de un vivo sentido de la solidaridad humana, con especial atención a los más necesitados.

Como Gran Canciller, siento el deber de recordar estos ideales a todos los que participan en las tareas universitarias, cualesquiera que sean sus creencias, que respetamos, porque amamos y defendemos la libertad de las conciencias. Con el pensamiento en el Beato Josemaría, de cara al nuevo milenio, me complace subrayar que el mensaje cristiano sobre el valor santificable y santificador del trabajo humano y de la existencia cotidiana, es una de las respuestas adecuadas a los mejores anhelos de las personas y de las sociedades. Y en vosotros, apreciados nuevos Doctores, todo el Claustro de nuestra Universidad, al que ahora os incorporáis, encuentra ejemplos eminentes de laboriosidad, de rectitud y de servicio, que todos deseamos emular: por eso os invitamos a contaros entre nosotros.

Termino. El Santo Padre Juan Pablo II ha querido dedicar este año de 1998 al Espíritu Santo, dando así un paso más en el itinerario de preparación para el jubileo del año 2000. Y ha señalado, como actitud fundamental que debe inspirarlo, la virtud de la esperanza, que —son sus palabras— "de una parte, mueve al cristiano a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a su entera existencia y, de otra, le ofrece motivaciones sólidas y profundas para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad, para hacerla conforme al proyecto de Dios"[9].

En este año, pues, dedicado al Espíritu Santo, suplico —para todos los que trabajamos en esta Universidad— el don de sabiduría, que abre la inteligencia al sentido más profundo de la realidad, y otorga un alto juicio para discernir lo que conviene en cada situación, según los designios de Dios. Lo necesitamos para cumplir día tras día, con la máxima perfección posible, esta esforzada y gozosa tarea de servicio a la verdad que caracteriza al quehacer universitario. Pedimos este don al Divino Paráclito por intercesión de Santa María, Madre del Amor Hermoso, *Sedes Sapientiae*, Asiento de la Sabiduría.

[9] JUAN PABLO II, Litt. apost. *Tertio millennio adveniente,* 10-XI-1994, n. 46

Universidad de Navarra
Servicio de Bibliotecas

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei